

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL
Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

DIRECTOR:
ROBERTO A. GUIDI

AÑO II

NÚM. 19-20

EN. Y FEB. DE 1915



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES



LOS IDEALES REPUBLICANOS

ANTE LA GUERRA EUROPEA

Se cumple en nuestros días, puede decirse ante nuestros ojos, el hecho de más volumen de la historia contemporánea. Como todo acontecimiento de magnitud extraordinaria, escapará por siempre al juicio definitivo de los hombres, y sus causas y consecuencias se estudiarán durante siglos, discutiéndose interminablemente el bien y el mal que tales hechos produzcan.

Por una rara coincidencia, el estallido de esta guerra coincidió con la encuesta que realizaba la revista «Humanidad Nueva» sobre la influencia de las doctrinas socialistas en la solución de los conflictos internacionales, encuesta que, en la intención revelada por sus autores en el *cuestionario*, estaba encaminada a una franca propaganda pacifista. Mencionábase la estrecha solidaridad de los pueblos por el activo intercambio de ideas, hombres y productos; el desarrollo de las tendencias humanitarias y la elevación moral, incompatibles con la perversidad brutal de las matanzas colectivas. Y se insinuaba la consecuencia de la imposibilidad real de la guerra en el futuro.

Más pesimistas que Pablo Iglesias, el caudillo español, quien afirmó que una conflagración guerrera era absolutamente imposible, sostuvimos que la guerra sólo podría deterrarse de los hábitos humanos modificando sustancialmente la organización social, económica y política del mundo.

Leopoldo Lugones, con su habitual bizarría, sostuvo que la autoridad se funda en la fuerza de las armas, que todo gobierno reposa sobre fusiles y cañones, que el ideal sería la

supresión del gobierno, si mal no recuerdo,—pues hago estas referencias de memoria y con las reminiscencias de una lectura.

El tema se presta hoy admirablemente para ser tratado con el argumento de los hechos que se realizan, ante el asombro y el estupor del mundo, y no creemos pecar por excesiva audacia al pretender afrontarlo desde un punto de vista trascendental. En efecto, la base sociológica y económica de nuestros estudios, que forma la médula de nuestras doctrinas y a la vez sirve de orientación a nuestra acción y propaganda, nos proporciona el juicio sereno y desapasionado, que podría permitirnos sondar el abismo de tan magno hecho, en sus causas y consecuencias.

Ante todo, no incurriremos en el error de citar el militarismo y la competencia comercial como causas del conflicto, pues antes que ellos debemos buscar la causa o causas que a ellos mismos los originaron. Tampoco diremos que la paz armada ha llevado a esta guerra horrenda, puesto que ésta, por grave que sea, no es sino un accidente en el sistema de lucha egoísta que produjo a aquella. Ni podemos tampoco enrostrar a unos u otros de los beligerantes *la culpa* del acontecimiento luctuoso, pues creemos que, si existe culpa, no está en los hombres en cuanto a lo que ellos han hecho, han querido o han podido hacer, sino en lo que todos dejaron de hacer para la felicidad del mundo y el triunfo de los ideales sanos.

Estudiando a fondo la organización social, económica y política de los pueblos europeos,—a cuya civilización pertenecemos los pueblos americanos por nuestras lenguas, religiones, instituciones y costumbres,—vemos cómo, en la sucesión de los siglos, el factor *individualismo* ha engendrado la *democracia*, y ésta, triunfante en Francia con sus revoluciones ardientes, como en América por la falta de clases nobles y de casas reinantes, no ha podido todavía desterrar de la mayoría de los grandes países europeos,—a pesar de todo,—las dinastías reinantes y nobiliarias que directa o indirectamente manejan los destinos de los pueblos.

La transición del sistema monárquico absoluto al constitucional no es otra cosa que la derrota del sistema republicano, que transa así con los prejuicios y las desigualdades injustas, contrarios a su esencia y a sus ideales. De esta

manera, la evolución hacia el sistema republicano ha sido detenida y subsisten, en nuevas formas, los privilegios odiosos, como los mayorazgos en Inglaterra.

Aunque en los hechos veamos la Francia republicana, aliada al autócrata ruso y al imperialista británico, es lo verdadero que en el fondo, el único país cuyas instituciones y cuyo espíritu pueden tener repugnancia a la guerra es Francia, porque es el único país republicano en el conflicto.

En la esencia del sistema monárquico no ha desaparecido la confusión, tenazmente mantenida por los reyes, entre la persona del soberano y la nación misma. La frase de Luis XIV, «El Estado soy yo», con diferentes palabras, la repiten todos los monarcas cuando dicen: mi ejército, mi pueblo! Mientras se mantengan tales aberraciones, tales absurdos, la guerra será una posibilidad constante y un peligro inminente para todos los pueblos, al que no podrán sustraerse ni los más democráticos.

Un nuevo concepto del derecho internacional, una nueva moral diplomática, los nuevos y pacíficos sistemas de solución de los conflictos internacionales, no pueden convivir con los añejos derechos monárquicos, que todavía se dicen divinos, y menos con la organización burocrática y militar que son su consecuencia.

La edad contemporánea se inició con el movimiento revolucionario de mayor trascendencia para la historia humana. Por una felicidad del destino, América ha conquistado sin obstáculos las más liberales instituciones republicanas y en ellas se afirma cada vez más como en un carril inconmovible de su vida y una guía permanente de sus destinos.

Pero la gran revolución contemporánea ha fracasado o se halla detenida en la mayoría de los países de Europa y sólo ha conseguido conquistas parciales, limitadas, como simples concesiones a las nuevas tendencias, como simples cebos a la candidez de los pueblos.

Es de la esencia del sistema republicano que el individuo, quien quiera que sea, participe del doble carácter de gobernante y gobernado, lo que, naturalmente, implica la colaboración de todos en la obra colectiva y el respeto cada vez más acentuado a la ley y a las instituciones, que persisten sin violencias por su propia nobleza y justicia. Ejercer el poder como un sacrificio al beneficio social no es lo mis-

mo que heredarlo y aumentarlo como un patrimonio para transmitirlo a los hijos. En este caso, el poder alimenta la ambición, como la avaricia se alimenta de la ganancia; en aquél, el único fin legítimo del mandatario es el bien de la sociedad, en cuya dirección su persona es transitoria. Por eso debemos creer que, si bien el sistema republicano no haría imposible la guerra, la haría seguramente menos permanente y tendería a suprimirla.

La evolución económica de los pueblos europeos, fundada también en el sistema individualista, cuya base esencial es la propiedad privada individual, exige su natural coronamiento en la igualdad democrática y la libertad republicana. Pero también en este terreno la revolución republicana ha sido engañada por los monárquicos, que han concedido la libertad de trabajo, industria y comercio, porque eran indispensables para la riqueza general; pero cuidándose especialmente de separar estos derechos de los políticos, en los cuales debieron amurallar sus privilegios para conservarlos. Y así, mientras en las repúblicas no es imposible que el industrial, el comerciante o el profesional de cualquier ramo llegue a la más alta magistratura, en las monarquías su más alta recompensa, después de los cargos políticos, está en la gracia de un título de nobleza, con lo que también se refuerza y sostiene la casta privilegiada, infiltrándole la sangre nueva de los más elevados tipos surgidos de la masa anónima.

La perpetuación de tales instituciones, cuyo origen está en Asia y en los siglos remotos de barbarie, mantiene en los pueblos europeos el brutal dualismo que tanto choca y subleva nuestras conciencias: en frente de los más sorprendentes progresos industriales, el arma homicida y el brutal egoísmo nacional, caldeado en un patriotismo agresivo y antihumanitario, muy distinto al noble y elevado sentimiento nacional de los pueblos republicanos, que propalan los ideales de libertad, igualdad y fraternidad para todos los hombres! Y por eso negamos que esta guerra sea la expresión de la bancarrota de la ciencia, como han dado en decir notables escritores, y negamos también que ella sea el último golpe asestado a los ideales y tendencias pacifistas. No. Lo que es esta guerra, indudablemente, es la crisis profunda y cruel del sistema monárquico; es la bancarrota de la política de

testas coronadas ; es la demostración terrible y sangrienta de que han hecho mal los pueblos europeos en abandonar o descuidar el ideal republicano ; de que es necesario proseguir la labor comenzada en la iniciación de la era contemporánea ; de que es urgente, para la felicidad del mundo civilizado, que se inicie la acción republicana en todos los grandes países todavía monárquicos, porque sólo así podrá afirmarse el nuevo concepto del derecho internacional, la nueva moral fundada en la solidaridad humana y podrán cimentarse y traducirse en hechos los altos ideales de paz que contiene la fórmula republicana de «libertad, igualdad y fraternidad».

Algunos pretenden explicarlo todo por los intereses comerciales, por la lucha industrial, por la competencia. Sin embargo, estos factores solos no podrían producir la guerra si no se los esgrimiese en una forma agresiva por ambas partes. La pretensión de *arruinar* al adversario no es el fin que hace la competencia económica ; el fin es el propio adelanto ; la ruina del adversario puede o no ser un medio necesario. Pero, en la competencia entre naciones, la crueldad de los «trusts» puede ser atenuada, pues un país tiene el recurso del consumo interno, de los arreglos, tratados, etc., y hasta los recursos de regular la producción, para atender a las necesidades de la conquista económica. Por otra parte, el interés comercial ha sido siempre *pacifista* y el *comercio* ha sido siempre el primer diplomático de la concordia. Está en la esencia del mecanismo económico buscar soluciones razonables a todos los problemas. No dependerá de la victoria el que Francia disminuya su población, o disminuya su marina mercante, a pesar de los estímulos oficiales, comparada con el progreso de Alemania en ambos rubros.

Esa diferencia en un rubro económico no implica tampoco que tal diferencia exista en todos los rubros ; pues, a cambio de la decadencia en una industria, pueden surgir otras que representen igual o mayor riqueza. La posesión de una fuerte marina mercante se toma en Europa como base para el desarrollo eficaz de sus marinas de guerra ; quiere decir que el instrumento económico se fomenta con fines políticos. La supremacía o hegemonía comercial es, por otra parte, una ficción, pues los mercados del mundo están abiertos para todos y, si la competencia puede arruinar a una indus-

tria o a varias, queda infinito campo para los capitales y los brazos que deseen ocupación en todos los rumbos del planeta.

La competencia comercial puede conducir a la guerra, es cierto; puede ser una causa poderosa de ella. Pero ¿por qué? Porque se la esgrime desde un punto de vista preconcebido, desde el punto de vista del egoísmo nacional mal aplicado, afirmando, verbigracia, que el desarrollo de tal país llevará a la ruina a tal otro. ¿Por qué no se afirma que llevará a la ruina a todos los demás del mundo?...

La riqueza producida por la industria de una nación, al conquistar mercados, no lo hace sino con beneficios para el consumidor, o sea para el mayor número; mientras la competencia se efectúe sin extorsiones, no puede sino producir beneficio general; el país cuya industria se perjudica sufrirá, sin duda, males transitorios, hasta que encuentre el remedio en otras fuentes de producción o en otros sistemas de trabajo, y si, a la larga, la superioridad técnica de un país se impone, no es con la guerra con lo que se va a suprimir la competencia, que seguirá, sin duda, en cuanto se vuelva a la paz.

La tendencia política de dominación absorbente trastorna las bases de la vida económica normal, sana o de paz, y fomenta una economía arbitrista que produce el proteccionismo exagerado en lo interno, barreras aduaneras y otras trabas para el comercio internacional, y recelos y odios que pueden ser causa de guerra, pero solamente por el espíritu estrecho con que se desarrolla la política económica, siempre sujeta a fines extraños.

En el fondo, los países de Europa parecen inspirarse en el más negro pesimismo. No alcanzan a ver las dilatadas regiones en que falta población, faltan capitales y transportes para centuplicar la producción mundial, y crearán, tal vez, que se halla muy próximo el día de la universal miseria que predijo Malthus, cuando tanto temen la expansión de sus vecinos o rivales en industria y comercio. Funesto error, que ofusca a los pueblos más poderosos del mundo, de los cuales la humanidad tiene derecho a reclamar la máxima sabiduría, la extrema prudencia, el más noble ejemplo.

Así, pues, si el factor económico ha influido antes en todas las emulaciones de la paz armada y de las insidias di-

plomáticas, ello se debe principalmente al espíritu político con que se ha desenvuelto la política económica de esos países, imponiendo su sistema como escuela al mundo.

Los intereses dinásticos han pesado siempre en la balanza de la política interna y externa de los grandes y pequeños imperios y reinos. Se ha fomentado muy especialmente y por todos los medios la forma egoísta y estrecha del patriotismo y no su forma altruísta y humanitaria, que sólo ha prosperado en los países republicanos. Y así nos sorprende, en plena luz de civilidad grandiosa, el espectáculo macabro de esta guerra de piratas, en que se lanzan ciegos los pueblos creyendo que defienden sus hogares, la existencia misma de sus naciones respectivas, y en verdad no hallarán otro fin que dilatar los dominios de unas u otras coronas, para que el sistema se perpetúe y los reyes se sientan más cómodos en sus tronos, con cimientos de cañones y fusiles.

La armonía internacional, que persigue como un fin supremo la más selecta intelectualidad del orbe; los esfuerzos del derecho internacional; las tendencias humanitarias del socialismo; los intereses supremos de los pueblos, que hallarán el bien en la solidaridad bien establecida y no en el egoísmo brutal de la conquista guerrera, requieren, como un recurso necesario, que se active la propaganda republicana, único medio de alcanzar las demás conquistas que podrían asegurar la felicidad de los pueblos mediante la libertad y la dignidad de los individuos. Todos esos supremos fines son incompatibles con los intereses de las dinastías europeas. La soberanía es indivisible: es del príncipe o es del pueblo; uno y otro no pueden amalgamarse en ella, y por eso el sistema híbrido de las monarquías constitucionales no podrá jamás asegurar los beneficios de la verdadera democracia a ningún pueblo de la tierra. Y el mundo no alcanzará tampoco los grandes beneficios de la solidaridad internacional, de la paz y la justicia como regla suprema de vida para las naciones y los individuos, mientras el interés de los pueblos, que está en la paz, la justicia y el trabajo, sea confundido con el interés de una clase privilegiada, que no puede buscar otros fines que conservar sus privilegios y aumentar su poder, para perpetuarse en el tiempo con todos los ancestrales prejuicios de que hacen gala los mismos actuales monarcas del

siglo XX, con las mismas palabras que usaban los merovingios y los más lejanos soberanos egipcios, caldeos y chinos.

La evolución de la civilización europea se nos presenta desde los más remotos tiempos como una lucha del espíritu de libertad contra el espíritu absolutista heredado del alma asiática. En Grecia y en Roma, en los tiempos felices, impera la república, bien que con su restricción aristocrática. En la Europa de nuestros días, todavía revive la ceniza remota del cruel monarca asirio y el fanatismo religioso del egipcio. Necesario es, para el progreso de la humanidad, afirmar y propagar los ideales republicanos, que son, hasta hoy, la mejor fórmula de vida útil y fecunda que haya hallado la inteligencia humana para el gobierno de los pueblos.

Y creemos, también, que es la mejor para el gobierno del mundo.

ERNESTO LEÓN O'DENA.
